

Medio siglo de terrorismo en Europa occidental

Autor: Avilés, J.

2017, *Cuadernos del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo*, núm. 4, págs. 13-22.

ISSN: 2445-0774

Esta obra está protegida por el derecho de autor y su reproducción y comunicación pública, en la modalidad puesta a disposición, se ha realizado en virtud del artículo 32.4 de la Ley de Propiedad Intelectual. Queda prohibida su posterior reproducción, distribución, transformación y comunicación pública en cualquier medio y de cualquier forma.

CUADERNOS

DEL CENTRO MEMORIAL DE LAS VÍCTIMAS DEL TERRORISMO

— N.º 4 • OCTUBRE 2017 —

*El impacto
del terrorismo
en Europa occidental*



**CUADERNOS DEL CENTRO MEMORIAL DE LAS VÍCTIMAS DEL TERRORISMO
N.º 4 • OCTUBRE 2017**

Director: Florencio Domínguez

Responsable de Archivo, Investigación y Documentación: Gaizka Fernández Soldevilla

© Fundación Centro para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo

C/ Olaguibel, n.º 1. 01071 Vitoria-Gasteiz

Depósito Legal M-5740-2016 / ISSN 2445-0774

Diseño: Miguel Renuncio

Producción: Editorial MIC (www.editorialmic.com)

2

Medio siglo de terrorismo en Europa occidental¹

Juan Avilés Farré

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Podemos definir el terrorismo como una sucesión de acciones violentas, de carácter premeditado y preparadas en la clandestinidad, ejercidas contra personas no combatientes, ya se trate de civiles o de miembros de las fuerzas armadas que no estén participando en un conflicto abierto, y cuyo propósito es crear un clima de temor favorable a los objetivos políticos de quienes los perpetran. Puesto que trata de generar terror en un ámbito mucho mayor que el de sus víctimas directas, requiere que su mensaje sea amplificado a través de los medios de comunicación de masas y/o las redes sociales de Internet. En ese sentido, el terrorismo como estrategia sistemática es un fenómeno que surgió en las últimas décadas del siglo XIX por obra de los revolucionarios rusos y de los anarquistas occidentales.²

Sin embargo, no se ha convertido en una preocupación central para la comunidad internacional hasta el comienzo de nuestro siglo, en concreto hasta los atentados del

1 Este estudio forma parte del proyecto “El terrorismo europeo en los años de plomo: un análisis comparativo” (HAR2015-65048-P), financiado por el Plan Nacional I+D+I del Ministerio de Economía y Competitividad.

2 Avilés (2013: 14-29).

11 de septiembre de 2001. Para algunos países europeos, como Irlanda del Norte, España o Italia, es en cambio un viejo conocido, que tuvo una importante incidencia en los años setenta y ochenta del siglo XX. La diferencia, desde el punto de vista europeo, es que en aquellos años padecíamos un terrorismo fundado en discursos del odio que, ya fueran de índole revolucionaria, contrarrevolucionaria o nacionalista, tenían raíces locales, mientras que el terrorismo yihadista que ahora nos amenaza tiene su origen en un discurso del odio nacido más allá de nuestras fronteras, aunque últimamente reclute a sus asesinos entre jóvenes residentes en Europa o incluso nacidos y criados en nuestro continente.

El propósito de estos estudios es examinar desde una perspectiva conjunta las dos oleadas terroristas que han afectado a Europa occidental en el último medio siglo: la del terrorismo endógeno que surgió a fines de los sesenta y tuvo su auge en los años llamados de plomo, y la del terrorismo exógeno de inspiración yihadista que hoy nos afecta. Se trata de la tercera y la cuarta de las cuatro oleadas que a nivel mundial ha identificado el estadounidense David Rapoport, uno de los pioneros en los estudios sobre terrorismo. La primera habría sido la protagonizada a fines del siglo XIX por los socialistas revolucionarios rusos y los anarquistas, mientras que la segunda surgió en la primera mitad del siglo XX y tuvo una orientación básicamente anticolonialista.³

El terrorismo como sucedáneo de la insurrección armada

Para situar el tema en un contexto histórico más amplio, hay que comenzar por plantearse la cuestión de cómo encaja el auge del terrorismo en el marco del declive de la violencia y en especial de la guerra. Hay fenómenos importantes que la opinión pública e incluso los estudiosos parecen percibir poco. Las noticias que tienen más impacto en los medios son a menudo las más dolorosas, desde las catástrofes naturales hasta ciertos crímenes, pasando por las guerras y el propio terrorismo. En cambio, la ausencia de terremotos o la ausencia de guerras no es evidentemente una noticia. Por ello, basta que haya una cruel guerra en alguna parte del mundo, como ocurre hoy en Siria, para que los telediarios parezcan mostrar un mundo lleno de violencia. Los historiadores deberíamos sin embargo adoptar una perspectiva más profunda y subrayar un hecho de una enorme importancia: Europa occidental no conoce la guerra en su territorio desde mediados del siglo XX.

Los europeos occidentales de mi generación somos los primeros, desde que existe constancia escrita, que no hemos conocido la guerra en el interior de nuestras fronteras, aunque no puede decirse lo mismo acerca de la Europa ex comunista, en la que se han sucedido las guerras vinculadas a la desintegración de Yugoslavia y de

3 Rapoport (2004).

la Unión Soviética. Pero si Europa occidental es un rincón particularmente pacífico de este planeta, lo cierto es que también a nivel mundial la tendencia general de las últimas décadas es hacia una reducción de la incidencia de la guerra. La forma clásica de guerra, es decir la combatida entre dos o más estados, parece estar desapareciendo, mientras que subsisten tan sólo dos tipos de guerra, por un lado las guerras civiles, en países de desarrollo medio y bajo, y por otro las discontinuas intervenciones militares de ciertos estados desarrollados en áreas conflictivas, condicionadas siempre por el imperativo de reducir al mínimo las bajas propias. La explicación de este llamativo declive de la guerra es compleja, habiéndose barajado factores como la presencia de las armas nucleares, con su inherente amenaza de destrucción mutua de ambos contendientes, la expansión de la democracia, la creciente interdependencia económica de los estados o el desarrollo de las instituciones y normas internacionales, pero el politólogo estadounidense John Mueller, destacado estudioso del tema, subraya sobre todo el papel de un cambio de las actitudes hacia la guerra, cada vez más entendida como un mal a evitar.⁴ A conclusiones similares llega otro politólogo estadounidense, Joshua Goldstein, autor de un libro cuyo llamativo título afirma que estamos ganando la guerra a la guerra.⁵

El estudio más amplio e influyente sobre el fenómeno del declive de la violencia en nuestro mundo es el publicado por el psicólogo evolucionista Steven Pinker, también estadounidense, quien atribuye el declive generalizado de la violencia a factores como los crecientes intercambios comerciales, que proporcionan beneficios mutuos a todos los países participantes; la mayor influencia de las mujeres, por naturaleza menos proclives a la violencia; la expansión del círculo de la empatía, en la medida en que los ciudadanos de los distintos países sabemos más los unos de los otros; y por último una actitud más racional ante los problemas: la guerra es raramente una solución racional.⁶

Pero ¿qué ocurre con el terrorismo? ¿No es cierto que esté en auge? Observemos en primer lugar que el terrorismo logra sus efectos no tanto por su capacidad de ejercer la violencia en gran escala como por los efectos psicológicos de esa violencia. Se trata de una estrategia asimétrica, es decir una estrategia apropiada para una organización con escasos recursos humanos y materiales (la banda terrorista) que se enfrenta a otra mucho más poderosa (el Estado o la comunidad internacional), y se basa en la amplificación de los efectos de la violencia real que ejercen a través del terror que generan (de ahí su denominación). Y para ello se apoyan en la tendencia de

4 Mueller (2004: 161-171).

5 Goldstein (2011).

6 Pinker (2011: 671-696).

la mente humana, bien estudiada por los psicólogos, a magnificar los riesgos ligados a hechos catastróficos e imprevisibles. A pesar de la importante mortalidad provocada por los automóviles, no tememos utilizarlos porque estamos acostumbrados a ellos, mientras que una catástrofe ferroviaria o aérea, por el mismo hecho de ser insólita, tiene un enorme impacto en la opinión pública. Los terroristas, que se mueven en la sombra y aparecen inesperadamente para asesinar a una víctima cualquiera, tienen el perfil adecuado para generar miedo y por tanto para tener un enorme impacto en los medios de comunicación, que amplifica ese miedo.⁷

Dado que el número de víctimas que causa es incomparablemente menor que el que puede causar una guerra, el indudable auge del terrorismo en nuestros días no desmiente la tendencia general a la reducción de la violencia. Es más, el auge del terrorismo puede considerarse en parte como una consecuencia del declive de la guerra. La enorme dificultad de lanzar una insurrección armada contra un Estado consolidado y desarrollado acentúa el atractivo de una estrategia asimétrica que requiere escasos recursos humanos y materiales, mientras que el impacto mediático del terrorismo se acrecienta cuando se produce en sociedades pacíficas. A su vez ese impacto mediático hace caer a los terroristas en la ensoñación de que efectivamente están avanzando hacia la consecución de sus objetivos, cuando la realidad es que resulta difícilísimo que una banda terrorista llegue a conseguirlos. Entre las europeas ninguna lo ha logrado: Irlanda del Norte sigue integrada en el Reino Unido, Euskadi no se ha independizado, la economía de mercado sigue floreciendo en los países en que grupos terroristas quisieron implantar un régimen comunista y la democracia italiana no ha sido sustituida por la dictadura con la que soñaban los terroristas neofascistas.

El estudio del terrorismo desde una perspectiva histórica

El terrorismo no es un fenómeno ante el que pueda tomarse una actitud de neutralidad moral. La condena del terrorismo de ámbito más universal es la resolución 49/60 adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1995, que definió los atentados terroristas como “actos criminales con fines políticos concebidos o planeados para provocar un estado de terror en la población en general, en un grupo de personas o en personas determinadas”, y los calificó como “injustificables en todas las circunstancias, cualesquiera sean las consideraciones políticas, filosóficas, ideológicas, raciales, étnicas, religiosas o de cualquier otra índole que se hagan valer para justificarlos”.⁸

El historiador del terrorismo debe tener presente esa exhortación de NN. UU. y debe por ello evitar que su relato tienda a proyectar, incluso involuntariamente, una

7 Nacos (2002).

8 Avilés (2009).

imagen heroica de quienes pretenden imponer sus ideas mediante el asesinato a traición. Ello implica ser consciente de que un estudio histórico, aunque responda a una metodología rigurosa y se base en datos contrastados, es también un relato sobre hechos humanos que inevitablemente suscita sentimientos en el lector. Y en el caso del terrorismo ello supone un peligro insidioso, porque los atentados terroristas son cometidos por una o pocas personas que se enfrentan con muy pocos recursos al poder de una gran organización, como es siempre un Estado. Esto significa que encajan bien en el arquetipo del héroe solitario que lucha en inferioridad de condiciones, un arquetipo que se ha repetido por ejemplo en innumerables películas. Ello enlaza con el hecho de que los terroristas que perecían en la lucha han sido considerados como mártires por sus partidarios, desde los anarquistas del siglo XIX hasta los yihadistas de nuestros días.⁹

Por otra parte, la propia búsqueda de explicaciones causales, inexcusable en toda investigación histórica, lleva a intentar comprender las motivaciones individuales de los terroristas y por tanto a poner el foco en la trayectoria vital del terrorista y en las condiciones de su entorno que pueden haber conducido a su extrema radicalización. Se trata de un enfoque legítimo, pero que implica dos peligros. Por un lado, el de convertir al terrorista en el héroe del relato y por otro el de confundir determinados factores sociales que facilitan la aparición del terrorismo en una justificación al menos parcial del mismo. Al analizar los factores sociales que favorecen su aparición conviene tener presente que el terrorismo no constituye una consecuencia necesaria de tales factores y que por tanto no se debe caer en un determinismo que anularía la responsabilidad moral de los terroristas.

Afirmar que el terrorismo no tiene justificación no implica sin embargo negar que tenga causas. De acuerdo con la primera acepción que da el diccionario de la Real Academia, causa es “aquello que se considera como fundamento u origen de algo”. En ese sentido, todos los fenómenos están entrelazados por una multiplicidad de causas y el terrorismo no es una excepción. Es necesario por tanto esforzarse por esclarecer los factores sociales de todo tipo que favorecen la aparición y la continuidad de movimientos terroristas.¹⁰

Junto a ello, el estudio del terrorismo debe prestar primordial atención al discurso del odio con que se justifica, las “ideas y palabras que matan” en expresión del psicólogo español Luis de la Corte.¹¹ Un discurso que es necesario analizar no tanto como una elaboración doctrinal sino más bien como un conjunto de ideas, sentimientos,

9 Cook (2007: 135-171). Avilés (2012: 240-243).

10 Lia y Skiolberg (2000). Newman (2006). Reich, (1990).

11 Corte Ibáñez (2006: 56-85, 85-121 y 225-270).

palabras, prejuicios e imágenes capaces de generar un relato, atractivo para una parte de la población, que oriente el odio y justifique el crimen. Ello implica el análisis de cómo se difunden los discursos del odio a través de las familias, los grupos de amigos, las instituciones educativas, los medios de comunicación de masas y todo tipo de redes sociales. Un enfoque que responde a lo que el científico social y cognitivo francés Dan Sperber ha denominado epidemiología de las representaciones mentales. De la misma manera que los epidemiólogos estudian la difusión de las enfermedades, los estudiosos de las ciencias humanas pueden analizar la difusión de las representaciones mentales, es decir de las ideas, los símbolos, los mitos, las imágenes y cualquier otro tipo de contenidos que albergan nuestras mentes y que saltan de un a otra a través de distintos canales de comunicación.¹²

Por último, pero no menos importante, el relato debe dar protagonismo a las víctimas, por motivos tanto conceptuales como morales. Los movimientos terroristas rara vez consiguen sus objetivos políticos, pero siempre provocan víctimas y es a través de ellas como causan impacto en la sociedad. Las víctimas del terrorismo y de otras formas de violencia han tardado mucho en ver reconocidos sus derechos por la comunidad internacional, pero hace ya treinta años que ese reconocimiento empezó a producirse. Fue en 1985 cuando la resolución 40/34 de la Asamblea General de las Naciones Unidas admitió que los derechos de los millones de víctimas del delito y del abuso de poder no habían sido debidamente reconocidos. Esto dio lugar a la “Declaración de los principios fundamentales de justicia relativos a las víctimas del delito y a las víctimas del abuso del poder”, según la cual se considera víctima a toda persona que haya sufrido daños como consecuencia de acciones u omisiones que violen la legislación penal vigente de los Estados miembros de las Naciones Unidas. La declaración incluye a las víctimas indirectas, como los familiares, y considera daños las lesiones físicas y mentales, el sufrimiento emocional, la pérdida financiera y el menoscabo sustancial de los derechos fundamentales.¹³

Las víctimas deben ocupar un lugar central en los relatos sobre el terrorismo, si pretendemos que estos generen efectos de empatía hacia quien sufre y contribuir con ello a una sociedad más solidaria. Por el contrario, se debe evitar dar protagonismo a la figura del terrorista individual. En el verano de 2016, tras el brutal atentado de Niza, el diario *Le Monde* anunció que en adelante no publicaría las fotografías de autores de matanzas, “para evitar eventuales efectos de glorificación póstuma”, una iniciativa a la que se han sumado otros medios franceses. “Queremos evitar poner a los terroristas al mismo nivel que las víctimas, cuyas fotos difundimos”, ha declarado por

12 Sperber (1996).

13 Naciones Unidas (1985).

su parte el jefe de redacción de BFM-TV.¹⁴ La medida parece muy acertada si tenemos en cuenta que, como han argumentado algunos estudiosos, el deseo de alcanzar una notoriedad duradera contribuye a que ciertas personas cometan crímenes espectaculares y en concreto atentados terroristas. Es el llamado síndrome de Heróstrato, por el nombre de quien en 356 a.C. destruyó mediante el fuego el templo de Artemisa en Efeso, con el propósito de alcanzar una fama inmortal... que ha conseguido, a pesar de que fue condenado a la *damnatio memoriae*.¹⁵ Por el contrario, Le Monde promueve el recuerdo de las víctimas mediante la publicación de las fotografías y de breves biografías de todos los que perecieron en el atentado de Niza. Es un ejemplo que los historiadores deberíamos tener en cuenta.

Terrorismo endógeno: los años de plomo y sus prolongadas secuelas

La última llamarada de violencia política de origen interno que ha conocido Europa occidental ha sido la de los llamados años de plomo, caracterizados por la proliferación de grupos terroristas en varios países. Esta oleada se inició en los últimos años sesenta, alcanzó su máxima incidencia en los setenta y tuvo una significativa prolongación en el tiempo en tan sólo dos rincones de nuestro continente: Irlanda del Norte y Euskadi. Se trata de un fenómeno que ha sido objeto de un considerable número de estudios a nivel nacional, pero cuyo análisis comparativo a nivel internacional apenas se ha iniciado.¹⁶

Este fenómeno plantea varios interrogantes de relieve. En primer lugar ¿por qué prendieron los discursos del odio en sectores, muy minoritarios pero significativos, de ciertas sociedades europeas en un período de paz y prosperidad sin precedentes? El economista francés Jean Fourastié forjó la expresión “los treinta gloriosos” para referirse a los años 1945 a 1975 en que Francia tuvo un desarrollo económico que elevó el nivel de vida de la población hasta niveles antaño inimaginables.¹⁷ Aunque Fourastié se refería al caso francés, la expresión es generalizable al conjunto de una Europa occidental que, tras los horrores de la Segunda Guerra Mundial, experimentó casi tres décadas de desarrollo económico ininterrumpido, un avance considerable de su nivel de vida, el auge de las políticas sociales que denominamos Estado del bienestar y también la consolidación de la democracia, la paz estable y la sustitución de las rivalidades nacionales por la cooperación europea. Si el terrorismo fuera simplemente

14 *Le Monde*, 27-VII-2016.

15 Borowitz (2005).

16 Entre los estudios comparativos cabe citar: Azcona y Re (2015). Cornelißen, Mantelli y Terhoeven (2012). González Calleja (2002). Sánchez-Cuenca (2007).

17 Fourastié (1979).

te una respuesta a la miseria y la opresión no podría haber prendido en la próspera y democrática Europa occidental de los años sesenta.

En segundo lugar, resulta muy llamativo que en aquellos años se desarrollaran movimientos terroristas de muy distinto signo, nacionalista, revolucionario y neofascista, pero que todos arrancaran a partir de las mismas fechas, hacia 1968 y 1969. Esas diferencias ideológicas han hecho que apenas haya estudios de conjunto sobre el terrorismo europeo de los años de plomo: a lo sumo se compara el terrorismo rojo italiano con el alemán, o a ETA con el IRA, pero es llamativo que casi nadie crea necesario adoptar un enfoque paneuropeo, ni poner en relación las experiencias europeas con las de otros continentes. Ahora bien, la coincidencia temporal parece sugerir un cierto clima cultural común, influencias mutuas y también, en algunos casos, una espiral ascendente impulsada por el choque entre terrorismos opuestos: católico y protestante en Irlanda del Norte, rojo y neofascista en Italia.

En cuanto al clima cultural de los años sesenta, conviene destacar el movimiento difuso de rebeldía generacional, básicamente estudiantil y no violenta, que tendemos a asociar sobre todo al episodio icónico del mayo francés del 68, pero que fue igualmente importante en Italia, Alemania, Estados Unidos o Japón.¹⁸ El carácter juvenil de esa rebeldía enlaza con la importancia, destacada por muchos estudiosos, del factor generacional en los movimientos políticos.¹⁹

Esta rebeldía generacional estuvo influida por los movimientos revolucionarios de América Latina, África y Asia, que ofreció a los futuros terroristas una demostración de que el recurso a la lucha armada seguía teniendo vigencia. Baste recordar que en 1959 se produjo el triunfo de la revolución cubana, en 1962 la independencia de Argelia, en 1966 se inició la revolución cultural china, en 1967 murió en Bolivia el Che Guevara y en 1968 las guerrillas comunistas de Vietnam del Sur lanzaron la gran ofensiva del Tet. Nada de ello tenía relevancia real para la sociedad europea, pero grupos nacionalistas y revolucionarios de toda Europa creyeron llegada la hora de la revolución armada, que en la práctica se quedó en unos cuantos crímenes terroristas cuyo principal legado fue el dolor de las víctimas. En ese sentido resulta interesante la comparación con el caso latinoamericano, donde en las últimas décadas del siglo XX se desarrollaron importantes movimientos guerrilleros, acerca de los cuales tampoco existen muchos estudios comparativos.²⁰ Por su parte un puñado de fanáticos ultraderechistas creyeron, sobre todo en Italia, que

18 Horn (2007). Klimke y Scharloth (2008). Kurlansky (2004). Marwick (1998). Ortoleva (1998).

19 Mannheim (1993). Braungart y Braungart (1986). Edmunds y Turner (2002).

20 Martín Álvarez y Rey Tristán (2012).

para frenar la revolución en marcha había que acabar con la democracia mediante el terrorismo.

En mi opinión, el terrorismo europeo de los años de plomo debe entenderse en buena medida como la última manifestación de la fe en la revolución armada, presente desde fines del siglo XVIII, aunque ya irrelevante en la Europa de los años sesenta y setenta, en los que las llamadas a la violencia apenas tenían eco en la gran masa de la sociedad. El espejismo de la aplicabilidad de los modelos cubano, argelino o vietnamita llevó a grupos minoritarios a confiar en la lucha armada, que en el marco de una sociedad pacífica sólo puede traducirse en terrorismo. Carentes de apoyo social, los terroristas cayeron en la letal ilusión de que avanzaban hacia la revolución porque mataban. Parafraseando a Descartes se podría decir que en muchos casos la lógica terrorista se reduce a esto: mato luego existo.

En Francia, en Bélgica, en Grecia o en Portugal actuaron en las últimas décadas del siglo XX algunos grupos terroristas, pero su impacto en la vida nacional fue casi nulo. En Alemania la Fracción del Ejército Rojo tuvo un apoyo social mínimo, aunque alcanzó un gran impacto mediático. En España los GRAPO o los terroristas de extrema derecha contribuyeron a dificultar la transición a la democracia durante un breve momento, que culminó en los trágicos siete días de enero de 1977.²¹ Pero fue en Irlanda del Norte, en Euskadi y en Italia donde el terrorismo de los años de plomo tuvo su máximo impacto. ¿Por qué?

Sin olvidar el rechazo al determinismo que he postulado anteriormente, cabe sin embargo plantear la posibilidad de que algunos factores contribuyeran a que el terrorismo alcanzara un mayor arraigo social precisamente en esos tres casos. En primer lugar, hay que destacar que un movimiento terrorista sólo alcanza un arraigo significativo si se apoya en una ideología ampliamente difundida en su sociedad y al respecto es obvio que Irlanda del Norte y Euskadi eran dos de los territorios de Europa occidental en que mayor importancia tenían los nacionalismos centrífugos. Sin embargo ¿por qué no hubo un terrorismo nacionalista en Flandes y por qué no cobró fuerza en Cataluña?

No parece tampoco una coincidencia que el mayor desarrollo del terrorismo rojo y del terrorismo neofascista se diera en Italia, que tenía el mayor partido comunista de Occidente y un partido de tradición fascista, el Movimiento Social Italiano, que sin tener la fuerza del Partido Comunista Italiano alcanzaba unos resultados electorales muy superiores a los de sus homólogos europeos.

Las relaciones entre democracia y terrorismo son complejas pero la tesis de que la ausencia de vías políticas para la expresión del disenso aumenta el atractivo de la lu-

21 Casals (2016).

cha armada parece confirmarse en la Europa de los años de plomo.²² De los tres países que padecieron años de dictadura en aquel periodo, España sufrió un fuerte impacto terrorista y los otros dos, Portugal y Grecia, también lo sufrieron, aunque con muy poca intensidad. Por otra parte, hay que destacar que en los tres casos el auge del terrorismo se dio con posterioridad al fin de la dictadura. En Italia e Irlanda del Norte no hubo períodos de dictadura en aquellos, pero no hay duda de que la minoría católica norirlandesa se hallaba en una situación de inferioridad económica y de parcial discriminación, que no podía aspirar a cambiar mediante el triunfo electoral de sus candidatos, mientras que en Italia se daba la peculiar situación de que el segundo partido del país, el comunista, no había participado en ningún gobierno desde 1947. Ello podía dar a algunos nacionalistas irlandeses o comunistas italianos la sensación de que las vías de acción política estaban bloqueadas.

La correlación entre nivel de violencia política y grado de desarrollo, constatada a nivel mundial, se manifiesta también en nuestro caso: el terrorismo no arraigó en los países más prósperos.²³

Cabe también mencionar la existencia de un grado importante de violencia callejera previo al surgimiento del terrorismo, ya sea en forma de enfrentamientos con la policía o entre grupos opuestos, un factor que se constata en los casos norirlandés e italiano. Muchos dieron el salto de la violencia callejera a la violencia terrorista, actuando la primera como preparación para la segunda. Ello ocurriría también en Euskadi, aunque allí el terrorismo precedió al auge de la *kale borroka*.

Por último, hay que mencionar un factor histórico: la existencia de una guerra civil reciente es un importante predictor del estallido de un nuevo conflicto.²⁴ Y al respecto hay que recordar la guerra de la Independencia de Irlanda de 1919-1921, la guerra civil española de 1936-1939 y la guerra civil dentro de la guerra mundial que en Italia combatieron entre 1943 y 1945 los partisanos de la Resistencia contra los fascistas (fenómeno que se dio también en Francia). La referencia del IRA Provisional de los años de plomo al IRA de los años veinte es obvia, mientras que el recuerdo de los gudarís y de los partisanos inspiró a los terroristas vascos e italianos. Por el contrario la breve guerra civil finlandesa de 1918 no dejó tras de sí un legado que inspirara un estallido terrorista medio siglo después. Y en Grecia la escasa magnitud del fenómeno terrorista de fines del siglo XX no estuvo en consonancia con la intensidad de la guerra civil combatida entre 1945 y 1949.

22 Brooks (2009). Lutz y Lutz (2015). Chenoweth (2006). Hegre (2014). Collier y Rohner, (2008).

23 Macartan (2003). The World Bank (2011).

24 Walter (2010).